Lewis Carroll

Alicia en el País de las Maravillas

longseller

ÍNDICE

Prólogo 5
Capítulo I: Cayendo por la conejera 13
Capítulo II: El charco de lágrimas 22
Capítulo III: Una carrera de comité y una larga historia . . . 32
Capítulo IV: El Conejo envía al pequeño Bill 43
Capítulo V: Consejo de una Oruga 55
Capítulo VI: Cerdo y pimienta 65
Capítulo VII: Una merienda de locos 77
Capítulo VIII: El campo de croquet de la Reina 89
Capítulo IX: La historia de la Falsa Tortuga 101
Capítulo X: La cuadrilla de la Langosta 113
Capítulo XI: ¿Quién robó las tartas? 123
Capítulo XII: El testimonio de Alicia 133

Prólogo

Vida de Charles Lutwidge Dodgson (Lewis Carroll)

Charles Lutwidge Dodgson, el excéntrico escritor, clérigo, matemático y lógico victoriano cuyo nombre perdurable es Lewis Carroll, nació en la parroquia de Daresbury, cerca de Warrington, Lancashire, el 27 de enero de 1832. Fue el tercero de once hermanos, ocho de los cuales eran mujeres. Su padre, también llamado Charles, lo educó durante su niñez; era archidiácono de la Iglesia Anglicana y un apasionado de las matemáticas y los clásicos griegos. El futuro Lewis Carroll era un niño precoz y emprendedor, de intelecto brillante, y lector voraz; desde temprano mostró enorme interés por la escritura, el teatro, las matemáticas, las paradojas lógicas y el dibujo. El 23 de mayo de 1850 se matriculó en Christ Church, la sección de la Universidad de Oxford en la que había estudiado su padre, pero su ingreso no se efectivizó hasta el año siguiente. No abandonaría este lugar hasta la fecha de su muerte, salvo durante sus períodos de vaca-

ciones. A dos días de su llegada, recibió la noticia de la muerte de su madre, acontecimiento que lo afligió hasta ser (según algunos biógrafos) causa del tartamudeo que lo aquejó toda su vida. De todos modos, jamás se dejó vencer por su defecto, al que humorísticamente inmortalizó mediante la creación del Dodo de *Alicia,* personaje cuyo nombre es la burla del tartamudeo de su propio apellido: «*Do-do-dodgson*».

En 1854 se licenció en Letras, y luego fue designado profesor de Matemáticas, cargo que mantuvo durante veintiséis años, como miembro permanente de la Universidad. En 1861 fue ordenado diácono de la Iglesia Anglicana por el obispo de Oxford.

Dodgson escribía poesía, cuentos y graciosas paradojas, que enviaba a diversas publicaciones.

En 1856 conoció a la pequeña Alice Liddell, hija del decano de Christ Church. Su relación con la familia Liddell, especialmente con sus tres pequeñas hijas, Alice, Ina y Edith, se volvería un capítulo de la historia literaria. Alice, que en esa época tenía cuatro años contra veinticinco de Dodgson, fue la musa inspiradora de los *Libros de Alicia*.

Una versión del libro, titulada *Aventuras subterráneas de Alicia,* manuscrita e ilustrada por el propio autor, fue obsequiada personalmente a la hija del decano. Esta historia cautivó a todos quienes la leyeron.

En 1864 llegó a un acuerdo para la ilustración del libro con John Tenniel (1820-1914), célebre caricaturista de la época.

En 1880 renunció a la fotografía. En 1881 sostuvo una divertida correspondencia con un individuo preocupado por la cuadratura del círculo. En 1882 renunció a la función activa en Christ Church, y adquirió un velocímetro (pariente del triciclo) en el que a veces se paseaba.

Tras la muerte de su padre, Dodgson se había convertido, en su carácter de hijo mayor, en responsable de la familia, y se tomó muy a pecho sus deberes, como era su costumbre. Compró una residencia en Guilford, en la que se instaló la familia. En esa residencia murió el 14 de enero de 1898, a causa de una afección pulmonar, dejando tras él un mundo de belleza, conjeturas, magia y enigmas.

Había pasado la mayor parte de sus últimos años en compañía de niños a los que entretuvo con sus historias, documentó en sus célebres fotografías, y les escribió las maravillosas misivas que muchos críticos consideran tan geniales como sus mejores libros. Fue un inveterado escritor de cartas y llevaba un cuidadoso *Registro de cartas enviadas y recibidas* (cada una con su número de entrada). También dejó publicadas e inéditas una cantidad de obras técnicas y asuntos tan variados como la vida en Oxford, juegos y tópicos técnicos (a menudo encarados con gracia singular).

Sobre la obra

Hace mucho que los *Libros de Alicia* dejaron de ser considerados meros libros para niños. Como tales, fueron revolucionarios, se despojaron absolutamente en su contenido toda moraleja o mensaje proponiendo una literatura abierta a significados e interpretaciones prácticamente inagotables. Pero hay en ellos más. La obra de Carroll fascinó a psicólogos, como Jung; a críticos, como Edmund Wilson y W. H. Auden; a lógicos y científicos, como Alfred North Whitehead y Bertrand Russell; a los *hippies* de los años sesenta y a Albert Einstein. La lista de célebres fanáticos carrollianos es enorme. El secreto de su obra fue, quizá, detectado por Virginia Woolf, quien observó: *«Los* Libros de Alicia *no son libros para niños; son los únicos libros en que nos volvemos niños»*.

Entre 1854 y 1856, su obra apareció en publicaciones como *The Comic Times y The Train,* donde usó por primera vez el seudónimo "Lewis Carroll". En 1869 aparecieron *Phantasmagoria,* ilustrada por Florence Montgomery, y las versiones alemana y francesa de *Las aventuras de Alicia*. Hacia la Navidad de 1871 (aunque fechada en 1872) apareció la primera edición de *A través del Espejo y qué encontró Alicia allí,* ilustrada por Tenniel.

El 29 de marzo de 1876, Carroll publicó «La caza del Snark», su más largo, bello y misterioso poema, ilustrado por Henry Holiday; ese año, también, se llevó a cabo la primera representación teatral de *Alicia*.

En 1886 se publicaron la edición facsimilar de *Las aventuras subterráneas de Alicia,* tal como las redactó para Alice y con sus propias ilustraciones, y *El juego de la lógica*.

Los físicos modernos han comparado el mundo de Lewis Carroll con increíbles fenómenos y paradojas de la realidad cuántica, como el del «gato de Schrödinger», que está vivo y muerto al mismo tiempo, o con las partículas que cambian sus identidades sin razón aparente. ¡Fenómenos apropiados para la intelección de la Reina Blanca, capaz de creer en hasta seis cosas imposibles antes del desayuno!

Borges afirmó, refiriéndose al encanto de los libros de Alicia: «*La obra de Carroll no es menos deleitable y hospitalaria que* Las mil y una noches, *y es asimismo una trama de paradojas de orden lógico y metafísico. A primera vista o en el recuerdo, las aventuras parecen arbitrarias y casi irresponsables: luego comprobamos que encierran el secreto rigor del ajedrez y de la baraja, que asimismo son aventuras de la imaginación*».

En plena tarde dorada
    muy lentamente nos deslizamos;
porque nuestros remos, con poca habilidad
    son manejados por pequeños brazos,
mientras pequeñas manos en vano pretenden
    guiar nuestro derrotero.

¡Ah, las tres Crueles! ¡A semejante hora,
    bajo este cielo propicio al ensueño,
pedir un cuento, cuando la brisa no alcanza
    a agitar la pluma más leve!
¿Pero qué puede hacer una pobre voz
    contra tres lenguas aliadas?

La imperiosa Prima lanza primera
    su orden: «Empiézala».
Más suavemente, Secunda espera:
    «Será una historia absurda»,
mientras Tertia no la interrumpe
    más que una vez por minuto.

Pronto, entregadas a súbito silencio,
    en la imaginación ellas persiguen
a la niña del sueño, a través de un país
    de nuevas y disparatadas maravillas;
en amistosa charla con aves o con bestias…
    Y casi lo creen cierto.

Y siempre, cuando la historia agota
las fuentes de la imaginación,
y débilmente intenta el narrador cansado
postergar el asunto:
«El resto la próxima vez…» «*¡Esta* es la próxima vez!»,
las voces felices exclaman.

Así nació la historia del País de las Maravillas:
así, lentamente, una por una,
fueron forjadas sus extrañas peripecias…
Y ahora la historia está terminada,
y remamos hacia casa, alegre tripulación
bajo el sol poniente.

¡Alicia! Toma esta historia infantil
y con dulce mano ponla
donde los sueños de la Niñez se abrazan
en el místico lazo de la Memoria,
como marchita guirnalda de peregrino,
recogida en tierra lejana.

Capítulo I
Cayendo por la conejera

Alicia empezaba a sentirse muy aburrida de estar sentada junto a su hermana a la orilla del río, y de no tener nada que hacer. Había curioseado una o dos veces en el libro que su hermana leía, pero este no tenía ilustraciones ni diálogos, y «¿para qué sirve un libro sin ilustraciones ni diálogos?», pensó Alicia.

De manera que estaba considerando (lo mejor que podía, porque el día caluroso la tenía muy somnolienta y atontada) si el placer de tejer una guirnalda de margaritas valdría la molestia de levantarse y recoger las flores, cuando súbitamente pasó corriendo a su lado un Conejo Blanco de ojos rosados.

No había nada *excesivamente* extraordinario en eso. Ni Alicia consideró *excesivamente* extraordinario oír que el Conejo se decía:

—¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! ¡Llegaré demasiado tarde!

(Cuando pensó en el asunto tiempo después, a Alicia se le ocurrió que debería haberse maravillado; sin embar-

go, en aquel momento todo le resultó perfectamente natural.) Pero cuando el Conejo realmente *sacó un reloj del bolsillo de su chaleco*, miró la hora y apuró la carrera, Alicia se levantó de un salto, porque comprendió de pronto que nunca había visto un conejo con chaleco, ni con un reloj para sacar del bolsillo del chaleco; y ardiendo de curiosidad, corrió tras él a través del campo, justo a tiempo para verlo desaparecer en una gran conejera bajo el cerco.

Alicia lo siguió en un instante, sin detenerse un momento a considerar cómo iba a arreglarse para salir de allí.

Durante un trecho, la conejera se extendía recta como un túnel; después, abruptamente se hundía. Tan abruptamente, que Alicia no tuvo tiempo para pensar en detener su carrera antes de encontrarse cayendo por lo que parecía ser un pozo muy profundo.

O el pozo era muy profundo o ella caía muy lentamente, porque mientras descendía le sobraba tiempo para mirar alrededor y preguntarse qué iría a pasar a continuación. Primero trató de mirar abajo para descubrir a dónde iba, pero estaba demasiado oscuro para ver algo. Después miró las paredes del pozo y advirtió que estaban llenas de armarios y de estanterías con libros: aquí y allá se veían mapas y cuadros colgados. Atrapó al vuelo un frasco de uno de los anaqueles: la etiqueta decía “mermelada de naranja”, pero para su gran desilusión, estaba vacío. No quiso dejarlo caer por miedo a matar a alguien en el fondo, así que se las ingenió para ponerlo, al pasar, en uno de los armarios.

«¡Bueno —pensó Alicia—, después de semejante caída, no será nada rodar por las escaleras! ¡Qué valiente me imaginarán todos en casa! ¡También, si yo no diría nada ni siquiera después de caerme del tejado!» (Lo que muy probablemente era cierto.)

Abajo, abajo, abajo. ¿*Nunca* terminaría de caer?

—¿Cuántos kilómetros habré caído ya? —dijo en voz alta—. Debo estar llegando cerca del centro de la Tierra. Veamos: eso sería unos seis mil quinientos kilómetros hacia abajo, me parece…

(Porque, como se ve, Alicia había aprendido varias cosas de esta clase en la escuela, y aunque no fuera esta una *muy* buena oportunidad para exhibir sus conocimientos, puesto que no había nadie que la escuchara, decirlo en voz alta era un buen ejercicio.)

—…Sí, esa es más o menos la distancia… Pero entonces ¿a qué latitud o longitud habré llegado?

(Alicia no tenía la menor idea de lo que son la latitud o la longitud, pero le parecían palabras impresionantes, que daba gusto pronunciar.)

Pronto volvió a empezar:

—¡Me pregunto si caeré derechito *a través* de la tierra! ¡Qué divertido resultaría aparecer entre la gente que camina cabeza abajo! Los Antípatas, creo que son…

(Esta vez la alegró bastante que nadie estuviera escuchando, porque la palabra no le sonó del todo correcta.)

—…Pero tendré que preguntarles el nombre del país. Por favor, señora: ¿esto es Nueva Zelandia o Australia?…

Las páginas 16 a la 144
no están disponibles.